

Sr. Director de EL DIA.

La Habana.

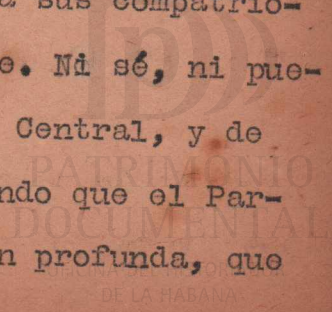
Muy señor mío y distinguido amigo:

En el número de ayer viernes de su apreciable periódico, se sirvió Ud. preguntarme lo que pienso de las observaciones que ha sugerido mi discurso de La Caridad al autor de dos artículos, que han visto la luz, con beneplácito de Ud., en las columnas de El Día. Tanto la cortesía como mi carácter político, me obligan a dar a Ud. cumplida respuesta. Para ello me bastará poner de manifiesto el espíritu que animó mis palabras, en la noche del 17 del pasado, y a que han obedecido todos los actos de mi vida pública.

Cubano por mi nacimiento, por mi educación, por mis afectos, por las tradiciones de mi familia y de mi pueblo natal, y por la consagración completa de mis esfuerzos a cuanto ha podido contribuir, en la esfera en que me he movido, al bien y al progreso de mi patria, soy de los que contemplan con indecible angustia y casi con espanto la postración y decreimiento de nuestra sociedad, sólo comparables con la indiferencia fatalista de un pueblo oriental. No hay hombre, en todo el mundo civilizado, que ocupe en su país el bajo nivel político del cubano: sin intervención ninguna eficaz en los asuntos más vitales de su comunidad; tributando, como un pechero de la Edad Media, sin su consulta ni aquiescencia; su opinión, por ilustrada, sensata y previsora que sea, nada pesa en los destinos de su patria; para que se admita su concurso, ha de aceptar sumiso los dogmas y ^{las} imposiciones de la facción imperante; en el poder sólo encuentra recelo o desvío, cuando no hostilidad declarada; ni la ley ni la costumbre protegen sus naturales derechos, están a merced de la voluntad tornadiza de los hombres. Por eso, desde que pude darme cuenta de las necesidades de esta situación y me decidí a concurrir a la obra de un partido político que las reconocía, he creído, como

creo hoy, que nuestra conducta debía ser de lucha sin tregua, nuestra oposición acerba, nuestra protesta constante y eficaz, la obstrucción y la agitación nuestros medios cotidianos de combate. En este sentido he dado siempre mis consejos; y cuando se me ha contestado que la precaria existencia política del partido cubano, la carencia de garantías personales y la indiferencia y cansancio del ^{pueblo} no consenten esos procedimientos, he opinado que, de ser así, debíamos ^{abstenemos} de toda vida pública, para que no se tradujera nuestro concurso por complicidad; cruzarnos de brazos; y aguardar en decoroso silencio la irremediable catástrofe final. Esto es muy triste, pero preferible a una sombra de existencia política, en que no podemos lograr más que convertir a hombres activos e inteligentes en meros comparsas de una exhibición teatral y aparatosa; mientras diez o doce oligarcas dirigen positivamente el país por el rumbo que les marcan sus intereses, sus opiniones y a veces sus caprichos. Siempre se me ha desoido, y con dolor intenso he ido tocando día tras día los resultados previstos y temidos: el partido apenas alienta, en tanto que el país desfallece y se aniquila.

Cuando en esta situación de ánimo se me invitó para recordar, en el primer aniversario de su muerte, los merecimientos y la conducta de un cubano patriota, ¡qué había yo de decir a sus amigos y admiradores que no estuviera en consonancia con mi manera de sentir, que fué en mucha parte la suya? ¿cómo había yo de pintar un cuadro risueño, si no descubro sino un horizonte cerrado por todas partes? ¿cómo había de tener elogios para una actividad que me parece estéril consumo de fuerzas preciosas? En mis labios, como en mi pluma, no hay lugar para lo convencional y postizo; lo menos que debe un buen ciudadano a sus compatriotas es la verdad, y la verdad es lo que cada uno siente. Ni sé, ni puedo opinar de un modo en la sala donde hablo a la Junta Central, y de otro en la tribuna desde donde hablo al público. Entiendo que el Partido Autonomista debe provocar en el país una agitación profunda, que



obligue al poder a cambiar este régimen de ficción e iniquidad; y si no puede, porque le falten fuerzas o porque el país no lo secunde, opino que debe cesar. Un partido de oposición no puede tener otra mira, en donde no existe el régimen parlamentario, y no cabe aspirar al turno en el gobierno. Esto no lo dije en mi discurso, porque ni tenía ese objeto, ni era esa la oportunidad, pero pues así se ha entendido, a mi decoro cumple declarar que así es.

Dos puntos más toca el señor articulista en su escrito, a los que he de ^{de}dicar breves y claras palabras.

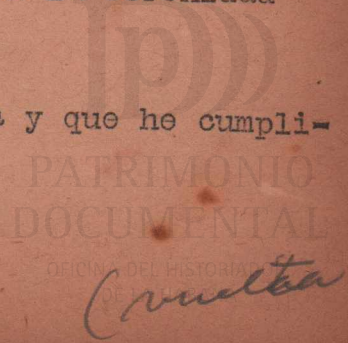
Crée que aquellos miembros de la Junta Central, que no han sido abolicionistas prácticos, han debido sentirse lastimados por mis palabras. Lo deploro; pero la culpa no es mía. Desde niño, espontáneamente, y desde que he podido apreciar los problemas sociales, por convicción razonada, soy acérrimo adversario de la esclavitud, fuente inagotable de todas nuestras miserias, de todas nuestras calamidades y desastres. Lo saben cuantos me conocen de cerca y cuantos me hayan oído en cualquier tiempo. Dije, pues, lo que era natural que dijera, y al decirlo estaba en mi puesto, de acuerdo con mis actos y con mis doctrinas.

Escribe también, y esto ha sido para mí un extraño descubrimiento, que mis amigos políticos han censurado acerbamente mi viaje a Madrid. Singular manera tienen esos amigos míos de apreciar servicios y sacrificios, que no me toca a mí medir, pero que de seguro lo merecen todo menos la censura! Este es un punto para mí importantísimo, pero que no he de tocar más en este momento. Día llegará en que lo haga, sin pasión, como lo he deseado siempre y como lo requieren mi decoro y el del país que represento, con sinceridad, como es mi deber, y con la serenidad que exige toda obra de reparación y justicia.

Creo, señor Director, que he satisfecho su demanda y que he cumplido mi promesa.

De Ud. muy atentamente amigo afm^o y s.s.

Enrique José Varona.



Habana, 5 de diciembre de 1885.

() Esta carta fué publicada en la edición de El Dia correspondiente al 7 de diciembre de 1885. Este periódico se editaba en aquella época en la Habana, siendo su Director el Sr. Manuel Linares.